

NOCHES pasadas en una de nuestras habituales pesadillas hemos visto cosas raras: era una calle larga cuyo extremo remataba en una especie de palacio lustrado.

Hacia él, en interminable hilera, caminaba con tardo paso una cantidad de mujeres: lucía en la cúpula del palacio un letrero: «Puestos».

Contemplando, distraída, la hilera, una abigarrada multitud se amontonaba en las aceras y se oía el murmullo de: «normalista... normalista...».

De pronto un aeroplano sesgó el cielo y como blanca bandada de palomas (estábamos románticos en el sueño) cayó sobre la hilera una cantidad de papelititos blancos.

Y nosotros que en virtud de la pesadilla éramos apenas un insignificante mosquito, cargado con un par de lentes de carey, nos dimos a leer sobre el hombro de los transeúntes los misteriosos papeles blancos.

Y he aquí lo que vimos:

Los papelititos en cuestión tenían en su parte superior izquierda esta pregunta: ¿Qué piensa usted de la normalista?

Y después de la respectiva opinión se sucedían las firmas más extrañas: El papel... El francés... Un árbol, etc.

Lo que opina el papel

La normalista es a mi juicio un ser generoso; me gusta en abundancia, cruzando sobre mí profusas figuras geométricas, dibujos anatómicos, fórmulas algebraicas, números, complicaciones y monografías.

En tiempo de exámenes me corta en largas tirillas y después de escribirme de muy menuda manera me esconde, arrolladito, en el puño de la manga.

Confieso, pues, que a la normalista debo el más grato sitio en que me he hallado en mi vida, y que no tengo contra ella más que una queja, y es la frecuencia con que me toma de cómplice firmando, sobre mí, el problema que le ha solucionado su amiga o la composición que le redactó su novio.

¡Pero esta complicidad es una de las inevitables tristezas del papel!

Aprovecho la oportunidad para quejarme y pedir protección a las autoridades contra tal abuso.

Lo que opina el francés

¡Ah, la normalista es mi enemiga irreconciliable! En vano servi de vehículo dorado al pensamiento de Hugo, Lamartine, Verlaine...

Nadie me deshace mejor.

Durante largas horas las bocas normalistas se ahuecan y juntan graciosamente para pronunciar me; pero, endurecidas por la risa, salgo de entre ellas tan lastimado que corro a refugiarme en los labios del profesor.

Pero, ay de mí, que en mi heroica refugio suelo encontrar a mi peor enemigo; y entonces, escarmentado y comprendiendo que el mimetismo es la forma más práctica de vivir, me hago el tonto, me ahundo, pierdo mi personalidad y me convierto en una fórmula odiosa a la normalista.

Y eso es lo que más me duele...

¡Porque yo he sido siempre muy galante con las damas!

Lo que piensa un árbol del jardín botánico

La normalista es mi amiguita preferida.

Me visita con frecuencia de 17 a 18 y de 10 a 11.

Generalmente no viene sola. La acompañan dos o tres amiguitas, y del banco más próximo parten angustiosos suspiros.

Las oigo charlar y no encuentro gran diferencia entre el arrullo de sus voces y el canto de mis pájaros.

Como en los divinos tiempos grises, oigo que al pie mío se discuten cosas severas... sueñan con frecuencia palabras terminadas en «-ista», pero no me alarmo, pues sé que todo muere en una sabia contestación de suspiros, antes de llegar al banco vecino, se pierden entre las hojas de mis compañeros.

La normalista es el complemento de mi escasa poesía de siervo, de jardín.

Tanto lo entiendo que, sin que se dé cuenta, inclino sobre ella mis ramas y al pasar le acaricio los ojos con mis hojas más frescas.

Lo que piensa un funcionario público

... Bah... todo inútil... ¡Siempre vuelve!

Lo que piensa la masa popular

... ¿Una normalista? ¿Las normalistas? No sé... ¿Y a mí qué?...

¿Hoy es jueves? Opino que si las lanzamos a correr, ganan las rubias.

Lo que opina una normalista

Opino sobre mí misma lo siguiente: que soy pobre. Que estudio con sacrificio para ayudar a los míos y quisiera obtener el puesto a que me da derecho mi título sin formar en esta hilera interminable de postulantes. Afirmino que soy inteligente y capaz.

Y también afirmo que ninguna culpa me cabe si me querello con el francés y otras minucias normales, y no soy mejor.

Y digo que he aprendido, muy particularmente en mi curso, una cosa vieja: que los hombres buenos en engranajes malos acaban por amoldarse al engranaje y servirlo.

Pero si protesto, no ya contra los hombres, pero siquiera contra el engranaje me expulsan... Y como las exposiciones de fin de año me han enseñado a mentirme a mí misma, justifico mi cobardía, pensando, al defender mi silencioso acatamiento, que las cosas son así porque no pueden ser mejores.

Y luego... ¡es tan lindo no hacer nada cuando nadie hace nada!

Y por último: mi madre es viuda y mis hermanos están desnudos.

...

Y después de todas estas respuestas nos despertamos sin haber podido dar ninguna opinión personal, pues un mosquito, por grandes lentes de carey que soporte, es una entidad sin palabra.

